

Características sociales y familiares vinculadas al desarrollo de la conducta delictiva en pre-adolescentes y adolescentes

Ginesa TORRENTE HERNÁNDEZ
Universidad de Murcia
gine@um.es

Ángel RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
Universidad de Murcia.

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es conocer qué características psicosociales de la familia se relacionan con la conducta delictiva de preadolescentes y adolescentes. La muestra está constituida por menores que cursan estudios en tres centros públicos de Enseñanza Secundaria de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia (n = 641), de la que se seleccionaron dos grupos, uno denominado adaptados (n = 200) y otro delincuencia autoinformada (n = 174), y por 21 menores sometidos a internamiento en centros de esa Región, al que hemos denominado delincuencia oficial. Los resultados indican que existe un perfil psicosocial más deteriorado y una mayor desestructuración familiar en el grupo de menores internados; en cambio, no se diferencian significativamente al grupo delincuencia autoinformada en la percepción de las relaciones que mantienen con los miembros de su familia.

Palabras clave: delincuencia, pre-adolescentes, adolescentes, familia.

Social and family characteristics linked to the development of antisocial behavior in pre-adolescents and adolescents

ABSTRACT

The aim of this work is to know which family psychosocial characteristics are linked to antisocial behaviour in pre-adolescents and adolescents. The sample is made up of minors from three public high schools in the Autonomous Region of Murcia (n = 641), out of which two groups were selected, designated: adapted (n = 200) and self-reported delinquency (n = 174), and of 21 minors submitted to judicial measures in internment centres in that Region. The results indicate that there are more damaged social profiles and broken homes for the group of interned minors, but no significant differences in the perception of their relationship with the members of their families as compared with the group entitled self-reported delinquency.

Key words: delinquency, teenagers and family.

SUMARIO: 1. Introducción. 2. Método. 3. Muestra. 4. Variables e instrumentos. 5. Procedimiento. 6. Análisis estadísticos. 7. Resultados. 8. Discusión y conclusiones. 9. Bibliografía.

Esta investigación ha sido financiada por la Fundación Séneca y ha contado con la colaboración de la Consejería de Educación y Universidades de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia.

1. INTRODUCCIÓN

Tanto en España como en muchas otras partes del mundo, el incremento de la alarma social ante el aumento de problemas de conducta antisocial de preadolescentes y adolescentes ha propiciado el debate social y la respuesta institucional, que en España tuvo su máxima expresión en la nueva legislación de menores, *Ley Orgánica 5/2000, de 12 de Enero, reguladora de la responsabilidad penal de los menores*.

Han sido numerosos los intentos de clasificar los factores que más se relacionan con la conducta antisocial y la delincuencia (Hirschi, 1969; Elliot, Huizinga y Ageton, 1985; Patterson, De Baryshe y Ramsey, 1989; Goldstein, 1990): pobreza, bajo C. I., acceso a las armas, consumo de drogas, predisposición genética, factores neurológicos y biológicos, debilidad de los lazos con instituciones sociales, vínculos con los grupos de pares desviados, ambiente familiar desestructurado, ciertas pautas educativas, etc.

Entre los factores psicosociales destaca la importancia de la familia, pues a pesar de todos los cambios sufridos, sigue siendo el agente más influyente en la socialización y constituye la piedra angular sobre la que se asientan las múltiples experiencias que van conformando las bases de la conducta futura de los menores. La búsqueda de factores familiares asociados con la conducta inadaptada intenta elaborar modelos causales, identificar a los niños en alto riesgo y desarrollar estrategias de prevención (Henry *et al.*, 1993). La mayoría de los modelos teóricos explicativos de la delincuencia asumen que existe relación entre ésta y determinadas características de la familia pero, como afirman Bischof, Stith y Whitney (1995), no está claro cómo tiene lugar esa influencia.

Nosotros nos vamos a ocupar aquí del análisis de tres factores familiares tradicionalmente relacionados con la conducta antisocial de los hijos: la influencia del contexto socio-familiar, de la estructura familiar, y de las relaciones que se dan en el seno de la familia, tal como son percibidas por los menores.

1.1. CONTEXTO SOCIO-FAMILIAR

Variables relacionadas con el contexto en el que vive la familia y que se han asociado con la aparición y desarrollo de la conducta antisocial, son el bajo nivel socioeconómico, el paro o el bajo nivel ocupacional, la pobreza, las condiciones de habitabilidad y el hacinamiento (Rosenbaum, 1989; Wells y Rankin, 1991; Farrington, 1992; Haapasalo y Tremblay, 1994; Levitt y Lochner, 2001) y, en la mayoría de los casos, la necesidad de atención de los servicios sociales (Farrington, 1995).

Barnes y O’Gorman (1995) llevaron a cabo un estudio en Dublín con una muestra de 100 chicos delincuentes con varias sentencias cumplidas en centros de reforma; sus resultados indican que la mayoría de estos jóvenes provenían de ambientes desfavorecidos social y económicamente. En España, Ferreiro, Do-

mínguez y Rodríguez (1991-1992) llevaron a cabo un estudio en Galicia donde compararon tres muestras de adolescentes (*oficiales, ocultos y no delincuentes*). Los primeros se caracterizaban por pertenecer a clases sociales desfavorecidas en mayor proporción que los miembros del resto de categorías. Presentaban, además, un mayor índice de pobreza, carencias, paro y hacinamiento. Los delincuentes *ocultos* mostraban perfiles menos diferenciados; es más, parecían no diferenciarse social y económicamente de los no delincuentes, aunque presentaban con mayor frecuencia situaciones de paro. Otros trabajos no encuentran diferencias significativas cuando se comparan datos procedentes de autoinformes (Romero, 1996; en Sobral, Romero, Luengo y Marzoa, 2000).

1.2. ESTRUCTURA FAMILIAR

Son diversas las variables de la estructura familiar que se han relacionado con la conducta antisocial. En primer lugar, el tamaño familiar: se acepta que a mayor tamaño, mayor frecuencia de conducta delictiva; entre otras razones porque se vincula con un incremento significativo del estrés y con la privación económica (Wilson y Hernstein, 1985). Respecto a la relación entre orden de nacimiento y delincuencia, el clásico estudio de Glueck y Glueck (1968) encontró suficiente apoyo para afirmar que la conducta antisocial tiene mayor probabilidad de aparecer en los hijos intermedios que en los primogénitos y en los menores o en hijos únicos.

De los numerosos cambios que está sufriendo la familia, los que afectan a su estructura (por separación y/o divorcio de los progenitores) parecen ser los que más se relacionan con el desarrollo de la conducta antisocial de los adolescentes. Estos cambios pueden favorecer la aparición de problemas internos y externos de conducta, de niveles bajos de competencia y de habilidades sociales, así como un número elevado de problemas en sus relaciones con los miembros de la familia y con los pares (Hetherington y Henderson, 1997). Restablecer un nuevo equilibrio en el funcionamiento familiar puede necesitar de dos a tres años después de la separación (Hetherington, 1999).

1.3. RELACIONES FAMILIARES

No menos importante en la búsqueda de factores explicativos de la delincuencia es la influencia que pueden tener las relaciones de sus miembros en el seno de la familia, que en la adolescencia presentan ciertas particularidades, pues es en este momento cuando el hijo se independiza de las figuras de apego (sus padres), normalmente reduciéndose la frecuencia de interacción entre ambas partes (Vazsonyi, 2004). Este paso puede ocasionar un conflicto profundo que altera todo el sistema de relaciones familiares; o, por el contrario, una transformación paulatina, sin altibajos. En general, los progenitores de jóvenes con problemas

de conducta antisocial se caracterizan por mantener con estos una relación de rechazo, escaso afecto y, como consecuencia, poco apoyo emocional (Henggeler, 1989). Estas dificultades en el establecimiento de vínculos afectivos entre los progenitores y sus hijos parecen influir decisivamente en las manifestaciones de conducta antisocial, debido a que dificultan la transmisión de los valores, de las normas y de las convicciones y creencias, como postula la *teoría del control social informal* (Hirschi, 1969).

Respecto a la influencia que el estilo de comunicación entre padres e hijos ejerce en el desarrollo de la conducta antisocial, desde el clásico estudio de Cortés y Gatti (1972) (en el que se llegó a la conclusión de que la falta de comunicación con los progenitores, particularmente con el padre, era un buen predictor de este tipo de conductas) diferentes estudios han confirmado que los chicos tienen una menor probabilidad de hablar con su padre distendidamente, de consultarle alguna cuestión o de recibir elogios de él; también tienen escasa probabilidad de consultar a su madre o de recibir elogios de ella. Se puede afirmar que la comunicación negativa con los progenitores está significativamente relacionada con la conducta antisocial, con una expresión mucho menor de alabanzas, de elogios y apoyo positivo por los padres y con la percepción de una comunicación más agresiva entre los padres y entre los hijos y sus progenitores (Spillane-Grieco, 2000).

2. MÉTODO

La mayoría de los estudios se han llevado a cabo con delincuentes juveniles, pero hemos de tener en cuenta su baja representatividad, ya que son pocos los delitos que se denuncian, más reducido es el número de los delincuentes que son detenidos, y aún menor el de los que son juzgados. Una comprensión amplia del fenómeno debe incluir el análisis de aquella población que comete actos antisociales aunque no frecuenten los juzgados, utilizando autoinformes de la población no institucionalizada, lo cual, aunque no está exento de problemas (p.e. errores debidos a la dificultad de recordar, a la falta de sinceridad, a la sobreestimación de los delitos menores) también permite que la conducta antisocial se entienda como un continuo (Romero, Sobral y Luengo, 1999). La solución más enriquecedora desde el punto de vista metodológico consiste en combinar el uso de los datos provenientes de fuentes oficiales y los datos de autoinforme. Es lo que hemos hecho en este estudio.

3. MUESTRA

La muestra sobre la que hemos llevado a cabo esta investigación está formada por:

- a) 641 menores de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, seleccionados aleatoriamente de tres centros públicos de Enseñanza Secunda-

- ria. Los niveles escolares incluidos en esta investigación oscilan entre 1º de ESO y 1º de Bachillerato. La edad va de los 11 a los 17 años, siendo su media 14,35 (d.t. = 1,53) años. El 52,3% eran hombres y el 47,7% mujeres.
- b) 21 menores sometidos a internamiento en régimen semi-abierto o cerrado en centros de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, de un total de 24 menores que era el número de sujetos internados en centros de reforma desde el 1 de Junio hasta el 31 de Diciembre de 2001. Las edades de estos menores oscilaban entre los 15 y los 17 años, siendo la media de 15,62 (d.t. = 0,8) años. El 95,2% eran hombres y el 4,8% mujeres.

4. VARIABLES E INSTRUMENTOS

Las variables analizadas en este trabajo hacen referencia a características sociodemográficas de la familia (*nivel de estudios, situación laboral y profesión de los progenitores*), a su estructura (*número de hermanos, orden de nacimiento, si los padres viven juntos, con quién viven los menores*) y relaciones que se dan en su seno (*conflictos entre los padres, relaciones padres-hijos y comunicación padres-hijos*). Para el análisis de estas variables se utilizó el *Cuestionario sobre la estructura familiar y las relaciones familiares*, elaborado por nosotros para esta investigación

Así mismo, analizamos el grado de *conducta delictiva* del que informan los menores que estudiaban en los Centros de Enseñanza Secundaria, para lo que aplicamos la escala de conductas delictivas (D) del *Cuestionario de conducta antisocial-delictiva* de Seisdedos (TEA, 1988), que presenta suficiente consistencia interna.

5. PROCEDIMIENTO

Para aplicar los cuestionarios a los menores de los centros de Educación Secundaria, solicitamos la autorización de la *Consejería de Educación y Universidades* de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, que nos facilitó el acceso a los centros. Además, y a criterio de los directores de los centros en los Institutos de Enseñanza Secundaria se informó de la realización del estudio a los padres mediante nota informativa por escrito.

Todos los sujetos cumplieron los cuestionarios durante su horario escolar, en aplicación colectiva en sus aulas y grupos habituales. Se respetó la voluntariedad y el anonimato de los menores. Así mismo, se respetó escrupulosamente el deseo de algunos padres de que sus hijos no fuesen entrevistados.

Para realizar la entrevista a los menores que cumplían medidas de internamiento contamos con la colaboración de la *Secretaría Sectorial de Acción Social, Menor y Familia de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia*, desde la que se nos instó a informar de la realización del estudio mediante nota informativa a los padres de los menores.

Una vez recogidos los datos de la muestra global, establecimos tres grupos, sobre los que se llevarían a cabo los análisis estadísticos. Según la puntuación obtenida en la *escala de conducta delictiva* (D) del *Cuestionario A-D* de Seisdedos (TEA, 1988) seleccionamos dos grupos del total de la muestra: el primero (al que hemos denominado *adaptado*) estaba formado por un total de 200 menores, cuya puntuación era igual o inferior a 42 en dicha escala, puntuación que se correspondía con el percentil 25, y que no informaba de haber cometido ningún delito. El segundo grupo (denominado *delincuencia autoinformada*) estaba formado por 174 menores, cuya puntuación era igual o superior a 83, que a su vez se correspondía con el percentil 75 y que informaban de la comisión de al menos 3 delitos.

Por último, un tercer grupo de estudio (denominado *delincuencia oficial*) formado por los 21 menores sometidos a internamiento.

6. ANÁLISIS ESTADÍSTICOS

Realizamos un análisis descriptivo de las variables, que expondremos en forma de distribución de porcentajes y puntuaciones medias. Para comprobar la existencia de posibles diferencias estadísticas entre los grupos hemos utilizado la prueba de independencia χ^2 cuando las variables son nominales. En aquellos casos en los que no se cumplen los supuestos necesarios para su aplicación, se utiliza el índice de asociación entre variables nominales V de Cramer. Para la comparación entre grupos, cuando las variables son ordinales, se utiliza la prueba no paramétrica H de Kruskal-Wallis al comparar los tres grupos, y para comparaciones entre dos grupos se utilizará la prueba U de Mann-Whitney. En variables cuantitativas se utiliza el ANOVA de un factor, siempre que la homogeneidad de las varianzas lo permita; en su defecto, se utiliza la citada prueba no paramétrica H de Kruskal-Wallis. Todos los análisis estadísticos se llevaron a cabo con el paquete estadístico SPSS 10.0, aceptando un nivel de significación $p < 0,05$.

7. RESULTADOS

En las diferentes tablas se exponen los porcentajes obtenidos por cada grupo en cada una de las categorías de respuesta de la variable, así como el resultado obtenido al comparar los tres grupos. Los resultados de las comparaciones específicas entre los grupos se irán mencionando a lo largo de la exposición.

7.1. CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS DE LA FAMILIA

En este apartado vamos a comparar, en primer lugar, tres variables que hacen referencia al *nivel educativo*, la *situación laboral* y la *profesión* de los padres, como indicadores del estatus social de la familia.

En la tabla 1 exponemos las distribuciones de las puntuaciones obtenidas por cada uno de los grupos, *adaptados*, *delincuencia autoinformada* y *delincuencia oficial* en la variable *nivel de estudios de los progenitores*.

Con relación al padre, la distribución de porcentajes refleja que en los grupos *sujetos adaptados* y *delincuencia autoinformada* alcanzan el grado de estudios primarios o graduado escolar el 42,2% y el 38%, respectivamente. Los porcentajes en el grupo *delincuencia oficial* son muy distintos, ningún padre tiene estudios de enseñanza secundaria o superiores, y la gran mayoría de ellos no posee ningún título académico.

Encontramos diferencias significativas al comparar los grupos de *delincuencia autoinformada* y *delincuencia oficial* ($p < 0,05$) y los *adaptados* y de *delincuencia oficial* ($p < 0,001$).

Respecto a las madres, tanto en el grupo *adaptados* como en el de *delincuencia autoinformada*, cerca de la mitad (el 47,3% y un 44% respectivamente) poseen estudios primarios, y más del 25% de ellas posee estudios secundarios o superiores. De nuevo es el grupo *delincuencia oficial* el que presenta una distribución diferente del resto: ninguna de las madres tiene estudios universitarios y el 68,4% no ha finalizado los estudios primarios.

También aquí hallamos índices de asociación significativos que diferencian al grupo de sujetos que *informaban de delincuencia* y el de *delincuencia oficial* ($p < 0,01$), y entre el grupo de *adaptados* y el de *delincuencia oficial* ($p < 0,01$).

Tabla 1: Nivel de estudios de los progenitores

		Grupo		
		Adaptados	Delincuencia autoinformada	Delincuencia oficial
Sin estudios o primarios sin terminar	Padre	21,1%	28,8%	71,4%
	Madre	25%	27,7%	68,4%
Primarios, Graduado Escolar	Padre	42,2%	38%	28,6%
	Madre	47,3%	44%	21,1%
Bachillerato	Padre	14,1%	11%	
	Madre	15,4%	11,4%	5,3%
F. P.	Padre	13,5%	10,4%	
	Madre	8%	9%	5,3%
Universitarios	Padre	9,2%	11,7%	
	Madre	4,3%	7,8%	
		Padre $V = 0,169^{**}$ Madre $V = 162^*$		

** $p < 0,01$. * $p < 0,05$.

En la tabla 2 de la distribución de la variable *situación laboral de los progenitores*, puede verse que el grupo *delincuencia oficial* ofrece las puntuaciones más bajas en la categoría *Trabaja* y las más altas en *Está en paro* y *Es jubilado y/o pensionista*, lo que puede dar ya una primera aproximación de la problemática social que suele rodear a este tipo de comportamientos extremos.

Respecto a la figura paterna merece la pena señalar que en los dos primeros grupos, *adaptados* y *delincuencia autoinformada*, la categoría de *trabaja* alcanza los porcentajes más elevados (el 95,3% y el 91,6% respectivamente), muy alejados del porcentaje de padres del grupo *delincuencia oficial*: el 53,3%.

Hallamos índices de asociación significativos al comparar tanto el grupo de *delincuencia autoinformada* como el de *adaptados* con el de *delincuencia oficial* ($p < 0,001$).

La distribución de porcentajes en el caso de las madres difiere de la observada a propósito del padre. En los tres grupos la situación laboral más frecuente es la que hace referencia a las tareas domésticas, y aunque el porcentaje mayor corresponde al grupo de *delincuencia autoinformada*, también es considerablemente alto en los dos grupos restantes.

Existe asociación significativa al comparar los grupos *delincuencia autoinformada* y *delincuencia oficial* ($p < 0,001$) así como entre *adaptados* y *delincuencia oficial* ($p < 0,001$).

Otro de los indicadores del estatus socioeconómico de los diferentes grupos es la profesión que ejercen sus progenitores. Respecto al padre, la categoría que se asocia con un menor poder adquisitivo, *obreros sin cualificación*, está más pre-

Tabla 2: Situación laboral de los progenitores

		Grupos		
		Adaptados	Delincuencia autoinformada	Delincuencia oficial
Trabaja	Padre	95,3%	91,6%	53,3%
	Madre	48,2%	40,5%	36,8%
Realiza sólo las tareas de casa	Padre	0,5%	0,6%	
	Madre	46,7%	56,1%	36,8%
Está en paro	Padre	1,6%	3%	20%
	Madre	3%	1,7%	5,3%
Es jubilado y/o pensionista	Padre	2,6%	4,8%	26,7%
	Madre	2%	1,7%	21,1%
		Padre $V = 0,221^{***}$ Madre $V = 0,191^{***}$		

*** $p < 0,001$.

Tabla 3: Profesión de los progenitores

		Grupos		
		Adaptados	Delincuencia autoinformada	Delincuencia oficial
Obreros sin cualificación	Padre	14,1%	14,6%	50%
	Madre	30,1%	25,1%	47,1%
Obreros cualificados	Padre	62,7%	56,1%	42,9%
	Madre	10,9%	6,4%	
Administrativo Profesión de grado medio	Padre	14,6%	14%	
	Madre	6,2%	8,2%	11,8%
Profesión de grado superior. Profesión liberal	Padre	8,6%	15,3%	7,1%
	Madre	3,1%	4,7%	
Ama de casa	Madre	49,7%	55,6%	41,2%
Padre $V=0,158^{**}$ Madre $V=0,113$ (n.s.)				

** $p < 0,01$. n.s.: $p > 0,05$.

sente en el grupo de *delincuencia oficial*. Los datos referidos a la madre difieren de los del padre fundamentalmente por la introducción de la categoría *Ama de casa*, que representa el porcentaje mayor en los tres grupos.

En el caso del padre, encontramos asociación significativa entre los grupos *delincuencia autoinformada* y *delincuencia oficial* ($p < 0,01$) y entre los grupos *adaptados* y *delincuencia oficial* ($p < 0,01$).

En el caso de la madre el índice de asociación al considerar los tres grupos es $V=0,113$; $p=0,286$, lo que indica que dichas variables no se asocian significativamente.

7.2. ESTRUCTURA FAMILIAR

En este apartado consideramos las variables relacionadas con *personas con las que vive el menor*, (*número de hermanos*, *el orden de nacimiento*, *si sus padres viven juntos*, *si viven con ellos o con otros familiares*) (ver tabla 4).

La media del número de hermanos en el grupo de *adaptados* era de 1,55; la del grupo de sujetos de *delincuencia autoinformada* era de 1,83 y la del grupo de *delincuencia oficial* era de 3,23 hermanos, es decir, mayor que en el resto. Al comparar los tres grupos hallamos diferencias significativas entre ellos ($p < 0,001$).

Tabla 4: Procesos de desestructuración familiar

Variable	Grupos			V/ χ^2
	Adaptados	Delincuencia autoinformada	Delincuencia oficial	
¿Los padres viven juntos?				$\chi^2(2) = 54,722^{***}$
— Sí	87,5%	84,5%	23,8%	
— No	12,5%	15,5%	76,2%	
¿Con quién viven los menores?				V=0,299***
— Con su padre	11%	11%	52,4%	
— Con su madre	0,5%	2,3%	9,5%	
— Con ambos padres	87,5%	84,4%	19%	
— Con otro familiar	1%	2,3%	19%	

*** p < 0,001.

En las comparaciones *post hoc* hallamos diferencias significativas entre todos los grupos tomados dos a dos (*adaptados-delincuencia autoinformada*: p < 0,01; *adaptados-delincuencia oficial*: p < 0,001; *delincuencia autoinformada-delincuencia oficial*: p < 0,001).

Con relación a la posición que el menor ocupa por orden de nacimiento respecto a sus hermanos, los resultados indican que no existen diferencias significativas, $\chi^2(2) = 0,823$; p = 0,665, entre los grupos.

Tras considerar las variables relacionadas con la estructura familiar, comunes a todos los sujetos, pasamos a estudiar la influencia de situaciones de desestructuración debido a *separación, divorcio, o fallecimiento de uno o de ambos progenitores*.

La distribución del grupo clasificado como *delincuentes oficiales* sigue un patrón opuesto al de los otros dos grupos: el porcentaje mayor (76,2%), se corresponde con situaciones en las que los padres *no viven juntos*, mientras que en el resto de grupos el porcentaje se sitúa entre el 12,5% en el grupo de *adaptados*, y el 15,5% en el de sujetos que *informaban de conducta delictiva*.

En las comparaciones dos a dos hallamos diferencias significativas entre el grupo *delincuencia autoinformada* y el grupo *delincuencia oficial* (p < 0,001) y en la comparación entre el grupo *adaptados* y el grupo *delincuencia oficial* (p < 0,001).

Comprobado el número de menores que ha soportado diferentes procesos de transición familiar, analizamos cuántos de ellos viven con ambos progenitores y cuántos conviven con uno de ellos u otro familiar. En la tabla 4 aparece que mientras que en los dos primeros grupos la mayoría de adolescentes viven con sus dos progenitores, en el tercer grupo se eleva considerablemente el porcentaje de menores que vive sólo con su madre, con su padre o con otro familiar (81%). Son significativas las diferencias entre *delincuencia oficial* y los otros dos grupos (p < 0,001).

7.3. RELACIONES FAMILIARES

Al analizar la variable *conflictos entre los progenitores* (ver tabla 5) las comparaciones específicas entre los grupos dos a dos muestran que existen diferencias significativas entre el de *adaptados* y el resto (grupo de *adaptados* y grupo

Tabla 5: Relaciones y comunicación familiar

Variable	Grupos			χ^2
	Adaptados	Delincuencia autoinformada	Delincuencia oficial	
Conflictos entre los progenitores:				
— No	76,2%	27,5%	52,9%	16,175***
— A veces	19%	37,3%	23,5%	
— A menudo	2,1%	3,6%	11,8%	
— Continuamente	2,6%	1,8%	11,8%	
Relaciones con el padre:				
— Muy buenas	59,6%	31,7%	22,2%	36,59***
— Buenas	30,3%	40,9%	44,4%	
— Regulares	8%	20,7%	22,2%	
— Malas	1,6%	2,4%		
— Muy malas	0,5%	4,3%	11,1%	
Relaciones con la madre:				
— Muy buenas	67,5%	43,2%	40%	32,267***
— Buenas	28,8%	34,3%	35%	
— Regulares	3,1%	18,3%	15%	
— Malas	0,5%	1,8%	5%	
— Muy malas		2,4%	5%	
Comunicación con el padre:				
— Muy buena	42,5%	25%	5,6%	35,713***
— Buena	38,3%	31,7%	61,1%	
— Regular	11,7%	26,8%		
— Mala	2,7%	10,4%	5,6%	
— Muy mala	2,1%	6,1%	27,8%	
Comunicación con la madre:				
— Muy buena	58,6%	40,6%	35%	19,119***
— Buena	35,1%	38,8%	45%	
— Regular	3,7%	11,8%	10%	
— Mala	2,1%	4,7%		
— Muy mala	0,5%	4,1%	10%	

*** $p < 0,001$.

de *delincuencia autoinformada*: $p < 0,001$; grupo de *adaptados* y grupo de *delincuencia oficial*: $p < 0,05$), pero no entre los grupos de *delincuencia oficial* y *delincuencia autoinformada*.

Los resultados obtenidos en la variable *relaciones con el padre* (ver tabla 5), muestran que el grupo *delincuencia oficial* es el que percibe relaciones más deterioradas (al sumar las categorías que hacen referencia a algún tipo de conflicto, *regulares, malas y muy malas*) con la figura paterna, seguido del grupo *delincuencia autoinformada*.

Las diferencias son significativas cuando comparamos al grupo *adaptados*, (con unas relaciones, en general, más positivas con sus padres), con los otros dos grupos (grupo de *adaptados* y grupo de *delincuencia autoinformada*: $p < 0,001$; grupo de *adaptados* y grupo de *delincuencia oficial*: $p < 0,001$).

Al considerar la relación que mantienen los menores con su madre, hallamos resultados semejantes; aunque, en general, los tres grupos la evaluaron de forma más positiva que la que mantienen con su padre. Respecto a las categorías negativas (*regulares, malas y muy malas*) de nuevo son los sujetos de los grupos *delincuencia autoinformada* y *delincuencia oficial* los que presentan los porcentajes más elevados.

Las comparaciones dos a dos reflejan estos resultados: existen diferencias significativas entre el grupo de *adaptados* y el de *delincuencia autoinformada* ($p < 0,001$) y entre el grupo de *adaptados* y el grupo de *delincuencia oficial* ($p < 0,01$).

Respecto de la percepción que los menores tienen de la comunicación con sus padres, a tenor de los resultados expuestos en la tabla 5, el grupo *delincuencia oficial* obtiene los porcentajes más elevados en el nivel de respuesta *muy mala* (un 27,8%), aunque es el grupo *delincuencia autoinformada* el que obtiene la puntuación más elevada al sumar las categorías de *regulares, malas y muy malas*. En las comparaciones, dos a dos, el grupo de *adaptados* es el único que se diferencia significativamente de los otros dos grupos ($p < 0,001$).

Con relación a la percepción que los menores tienen de la comunicación con sus madres, observamos en la tabla 5 que, de nuevo, son los sujetos del grupo *delincuencia oficial* los que obtienen el porcentaje más alto en la categoría *muy mala*: un 10%; aunque al sumar de nuevo las categorías que indican algún grado de conflicto, *regulares, malas y muy malas*, los grupos *delincuencia autoinformada* y *delincuencia oficial* presentan porcentajes muy semejantes entre sí.

Las distintas comparaciones posibles entre los grupos ofrecen resultados similares a los obtenidos en el caso de la figura paterna: de nuevo es el grupo de sujetos *adaptados* el único que difiere significativamente del resto de grupos (grupo de *adaptados* y grupo de *delincuencia autoinformada*: $p < 0,001$; grupo de *adaptados* y grupo de *delincuencia oficial*: $p < 0,05$).

8. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

A tenor de nuestros resultados, podemos concluir que en cuanto a las *características sociodemográficas* de la familia, los grupos *adaptados* y *delincuencia*

autoinformada, no difieren entre sí significativamente, ni en el caso de la madre ni en el del padre, lo que está en consonancia con los resultados de otros estudios con muestras españolas, como los de Romero (1996, en Sobral, Romero, Luen-go y Marzoa, 2000), que no encontró diferencias significativas entre la clase social de pertenencia de los jóvenes y la presencia de conducta antisocial autoinformada.

Las diferencias aparecen, en cambio, al comparar las puntuaciones de los dos primeros grupos con el de *delincuencia oficial*, en las tres variables estudiadas, a excepción de la profesión de la madre. El perfil en este grupo en el caso del padre se corresponde con un obrero en activo y que no tiene instrucción escolar. En el caso de las madres el perfil se correspondería con una mujer que es ama de casa o trabaja en empleos no cualificados y que carece de estudios básicos.

Estos resultados podrían estar indicando que las familias de los menores *institucionalizados* tienen más dificultades para implicarse de lleno en el proceso de socialización de sus hijos, por el propio proceso de exclusión en el que se ven inmersas (Gorman-Smith, Tolan y Henry, 1999), o porque estos menores son objeto de un mayor control social, puesto que también son los que soportan un mayor grado de desestructuración y conflictividad familiar lo que les puede hacer objeto de ese control desde edades muy tempranas, con la intervención de los servicios sociales y de protección, situaciones éstas a las que la mayoría de ellos hacía referencia durante la entrevista.

Por otra parte, y respecto al *tamaño de la familia*, nuestros resultados confirman que a mayor número de hermanos mayor gravedad de la conducta inadaptada: frente a una media de 1,55 hermanos en el grupo *adaptados*, hallamos una media de 1,83 en el grupo *delincuencia autoinformada*, y una media de 3,23 en el grupo *delincuencia oficial*. Sin embargo el orden de nacimiento (otra variable tradicionalmente vinculada al desarrollo de la conducta antisocial), no aparece asociada, en nuestros resultados, con la pertenencia a uno u otro grupo.

Con relación a los procesos de *desestructuración familiar*, el 76,2% de los progenitores del grupo *delincuencia oficial* no viven juntos (diferenciándose significativamente del resto de grupos, cuyos porcentajes oscilan entre el 12,5% del grupo *adaptados* y el 15,5% del grupo *delincuencia autoinformada*), lo que está en consonancia con los resultados obtenidos por otros autores como McCord (1986, 1996), quien llega a la conclusión de que los hogares desestructurados por separación y/o divorcio son potencialmente criminógenos. Además, estos menores no suelen vivir con ambos progenitores, sino tan sólo con uno de ellos (usualmente la madre u otro familiar), lo que acentúa la desestructuración familiar.

En cuanto a las *relaciones familiares*, los resultados indican que la conducta inadaptada sigue el mismo patrón respecto a los niveles de conflictividad: es mayor a medida que aumenta esa conflictividad, en consonancia con los resultados de otros autores como Aaslma (2000).

Si nos centramos en la *percepción que los menores tienen de la relación y la comunicación con sus progenitores*, también parece confirmarse la idea anterior: en los dos grupos de sujetos con problemas de conducta, los conflictos son mayores. Estos resultados están en consonancia con los obtenidos por Henggeler, Hanson, Bourdin, Watson y Brunk (1985), que mantienen que las relaciones problemáticas con la figura paterna son, junto a la escasa cohesión y los conflictos entre los progenitores, las tres variables más directamente vinculadas con la conducta antisocial. Aunque los resultados referidos a la madre son semejantes a los del padre, lo cierto es que, en general, los menores mantienen una relación y una comunicación más positivas con sus madres que con sus padres. En todo caso, nuestros datos indican que la percepción por parte de los hijos de problemas en las interacciones con sus padres va asociado al desarrollo de la conducta antisocial en la adolescencia, lo que está en consonancia con lo postulado por los defensores de la *teoría del control social informal* (Hirschi, 1969), que mantienen que las dificultades en el establecimiento de lazos afectivos intensos y de calidad entre los progenitores y sus hijos es uno de los precedentes más importantes de la conducta antisocial.

Como vemos, son los infractores «*oficiales*», que pasan por instancias judiciales, los que presentan un perfil sociofamiliar más deteriorado frente al resto de los otros dos grupos. Parecen estar inmersos en una constelación de circunstancias ambientales que afectan inexorablemente a su desarrollo y que les llevan a implicarse en conductas desadaptadas. Nacen en familias con menos medios y con un nivel educativo más bajo, lo que a su vez puede tener que ver con las relaciones que mantienen con sus hijos así como las pautas de comunicación que despliegan con ellos, mucho más centradas en la conducta externa e inmediata de sus hijos (Kohn 1969, 1983) y menos en las manifestaciones de apoyo.

Quizás lo más sorprendente sean las altas puntuaciones que alcanzan los menores que *informan de conducta delictiva* en estas variables relacionadas con las relaciones y la comunicación familiar, ya que en el resto de variables vinculadas a las características sociodemográficas y a la estructura familiar no aparecen diferencias significativas con el grupo de menores *adaptados*. Este hecho podemos vincularlo a las manifestaciones de conflictividad familiar en sentido amplio, pues estos menores no se diferencian de sus pares de *delincuencia oficial* en cuanto a la percepción del deterioro de las relaciones de sus padres entre sí, y de ellos con sus progenitores, hechos que podrían estar alimentándose mutuamente, dificultando el desarrollo psicosocial de los menores, pues el conflicto y la cohesión familiar son las dos dimensiones más importantes del funcionamiento familiar (Cox y Brooks-Gunn, 1999) y fuente de múltiples desajustes psicosociales de sus miembros.

Para concluir podemos afirmar que la familia sigue siendo el contexto principal de desarrollo y el principal agente socializador, y cuando falta, aumenta el riesgo de conducta antisocial de los hijos, lo que hace necesaria su inclusión dentro de los programas de intervención que se desarrollen al efecto.

9. BIBLIOGRAFÍA

AALSMA, M.Ch.

- 2000 An empirical typology of adolescent delinquency. *Dissertation Abstract International, Section B: The Sciences and Engineering*, 60, 4202.

BARNES, J. y O'GORMAN, N.

- 1995 A descriptive study of juvenile delinquents. *Irish Journal of Psychological Medicine*, 12, 53-56.

BISCHOF, G.; STITH, S., y WHITNEY, M.L.

- 1995 Family environments of adolescent sex offenders and other juvenile delinquents. *Adolescence*, 30, 157-170.

CORTÉS, J.B., y GATTI, F.M.

- 1972 *Delinquency and Crime: a biopsychosocial approach*. Nueva York: Harper.

COX, M.J., y BROOKS-GUNN, J.

- 1999 Studying conflict and cohesion in families: an overview, en M. Cox y J. Brooks-Gunn, *Conflict and cohesion in families* (pp.1-10). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum

ELLIOT, D.S.; HUINZINGA, D., y AGETON, S.S.

- 1985 *Explaining delinquency and drug use*. Berbelly Hills: Sage.

FARRINGTON, D.

- 1995 «The development of offending and antisocial behavior from childhood: key findings from the Cambridge Study in Delinquency Development». *Journal Child Psychology and Psychiatry*, 360, 929-964.

FARRINGTON, D.P.

- 1992 «Explaining the beginning, progress and ending of antisocial behavior from birth to adulthood», en J. McCord (ed.), *Facts, frameworks and forecast: advances in criminological theory* (pp. 253-286). New Brunswick, NJ: Transaction.

FERREIRO, M.D.; DOMÍNGUEZ, M.D., y RODRÍGUEZ, A.

- 1991-1992«Delincuencia juvenil: factores psicosociales». *Comunicación Psiquiátrica*, 17, 163-190.

GLUECK, S., y GLUECK, E.

- 1968 *Delinquents and non delinquents in perspective*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

GOLDSTEIN, A. P.

- 1990 *Delinquents on delinquency*. Champaign, IL: Research Press.

GORMAN-SMITH, D.; TOLAN, P.H., y HENRY, D.

- 1999 «The relation of community and family to risk among urban-poor adolescent», en P. Cohen y Ch. Slomkowski (eds.), *Historical and geographical influences on psychopathology* (pp. 349-367). Mahwah, HJ: Lawrence Erlbaum.

HAAPASALO, J., y TREMBLAY, R.

- 1994 «Physically aggressive boys from ages 6 to 12: family background, parenting behavior and prediction of delinquency». *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 62, 1004-1052.

HENGGELER, S.W.; HANSON, C.L.; BOURDIN, C.M.; WATSON, S.M., y BRUNK, M.A.

- 1985 «Mother-son relationships of juvenile felons». *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 53, 942-944.

HENGGELER, S.W.

- 1989 *Delinquency in adolescence*. Newbury Park, CA: Sage.

HENRY, B.; MOFFIT, T.; ROBINS, L.; EARLS, F., y SILVA, Ph.

- 1993 «Early family predictors of child and adolescent antisocial behaviour: who are the mothers of delinquents?». *Criminal Behaviour and Mental Health*, 3, 97-118.

HETHERINGTON, E.M.

- 1999 «Should we stay together for the sake of the children?», en E. M. Hetherington, *Coping with divorce, single parenting, and remarriage* (pp. 93-116 Mahwah, NJ: Erlbaum).

HETHERINGTON, E.M., y HENDERSON, S.H.

- 1997 «Fathers in stepfamilies», en M. E. Lamb (ed.), *The role of the father in child development* (pp. 212-226). Nueva York: Wiley and Sons.

HIRSCHI, T.

- 1969 *Causes of delinquency*. Berkeley: University California Press.

KOHN, M.L.

- 1969 *Class and conformity: a study in values*. Homewood, Illinois: Dorsey Press.
1983 «On the transmission of values in the family: a preliminary formulation», en A. C. Kerckhoff (ed.), *Research in sociology of education and socialization*, vol.4 (pp. 3-12) Greenwich, CT: Jai Press.

LEVITT, S., y LOCHNER, L.

- 2001 «The determinants of juvenile crime», en J. Gruber (ed.), *Risky behavior among youths: an economic analysis: A national bureau of economic research* (pp. 327-373). Chicago: The University of Chicago.

MCCORD, J.

- 1986 «Instigation and insulation: how families affect antisocial aggression», en D. Olweus, J. Block y M. Radke-Yarrow (eds.), *Development of antisocial and prosocial behavior: research, theories and issues* (pp. 343-357). Orlando, FL: Academic Press.
1996 «Family as crucible for violence: comment on Gorman-Smith et al. (1996)». *Journal of Family Psychology*, 10, 174-152.

PATTERSON, G.R.; DE BARYSHE, B.P, y RAMSEY, E.

- 1989 «A developmental perspective on antisocial behavior». *American Psychologist*, 44, 329-335.

ROBLES, S.

1988 «La delincuencia, esa lacra social». *Surgam: Revista de Orientación Psico-pedagógica*, 399, 31-33.

ROMERO, E.; SOBRAL, J., y LUENGO, M. A.

1999 *Personalidad y delincuencia. Entre la biología y la sociedad*. Granada: Grupo Editorial Universitario.

ROSEMBAUM, J. L.

1989 «Family dysfunction and female delinquency». *Crime and Delinquency*, 35, 31-44.

SEISDEDOS, N.

1988 *Cuestionario de Conductas Antisociales-Delictivas*. Madrid-TEA.

SOBRAL, J.; ROMERO, E.; LUENGO, A., y MARZOA, J.

2000 «Personalidad y conducta antisocial: amplificadores individuales de los efectos contextuales». *Psicothema*, 4, 661-670.

SPILLANE-GRIECO, E.

2000 «From parent verbal abuse to teenage phsysical aggression?». *Child and Adolescent Social Work Journal*, 17, 411-430.

VAZSONYI, A.T.

2004 «Parent-adolescent relation and problem behaviour: Hungary, the Netherlands, Switzerland, and the United States». *Marriage and family review*, 35, 161-187.

WELLS, L.E., y RANKIN, J.H.

1991 «Family and delinquency: a meta-analysis of the impact of broken home». *Social Problems*, 38, 71-93.

WILSON, J., y HERNSTEIN, R.

1985 *Crime and Human Nature*. Nueva York: Simon and Schuster.

